

IV

Difícil, casi imposible empresa es trazar con fidelidad y exactitud el retrato de la mujer, principal personaje de la historia que estoy refiriéndote, benigno lector. Se puede pintar á una mujer mala, á una mujer virtuosa; y la buena hija, la buena esposa, la buena madre, así como los tipos opuestos, tienen tintas propias y de fácil empleo; pero la mujer indecisa, la que va costeanado toda su vida el camino del mal, y lleva tras sí la destrucción, la ruina y la muerte, sin tomar parte en estos crímenes morales, ésta es de difícil comprensión y, por consiguiente, de descripción difícilísima.

En éste, como en todos mis libros, he querido hacer algún bien, y EL que tiene la llave del corazón humano, EL que lee en sus más ocultos pliegues, el soberano Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, sabe la rectitud de mi intención al escribir este libro; y esta intención, que no es velada ni misteriosa, puedo explicarla aquí con toda su sencillez. He querido poner ante los ojos de la mujer, sobre todo de la madre, la necesidad imprescindible en que está de inculcar

á sus hijas ideas de deber, de resignación y de sacrificio; ideas religiosas que las sostengan y las conforten en las luchas y las tentaciones de la vida; ideas de honor, de dignidad y de respeto á sí mismas.

Alicia no era una mujer criminal; su indolencia no le dejaba iniciativa para el mal; había llegado casi al final de su juventud sin que ningún crimen manchase su vida; nada había que conmoviese su alma de hielo hasta el extremo de herir de muerte ni aun á su mayor enemigo; á la vista de un puñal se hubiera desmayado lanzando un grito lastimero; pero su Dios era la vanidad, y el único interés que la preocupaba el de su egoísmo; era un monstruo por la falta absoluta de creencias y de cualidades nobles y por la sobra de instintos materiales. Todos los defectos, todos los apetitos inconscientes de la madre residían en la hija en mayor escala y fatalmente perfeccionados; había algo de monstruoso en aquella belleza que ocultaba tanta crueldad nativa, en aquella dulzura mimosa que seducía como un filtro, que se apoderaba del corazón para devorarlo después con crueldades de vampiro. Alicia no había amado nada ni á nadie; todo lo que no era ella, le parecía indigno de su atención; era un culto ciego á sí misma; era una adoración insensata de su propio ser. Hubiera querido, no sólo un marido dedicado perpetuamente á contemplarla, á mirarla, á llenarla de caricias y regalos, sino muchos ma-

ridos, mejor dicho, muchos esclavos consagrados á ella, el mundo entero á sus pies. Seducíala su propia belleza; sonreía llena de complacencia ante el espejo al contemplar sus grandes ojos semejantes á dos zafiros encerrados entre largas franjas de negra seda, al contemplar su boquita de coral rosa, sus dientes de perlas y la blancura de camelia de su tez; algunas veces repetía en voz baja las palabras de Luzbel: «¿Quién como yo?» Y como el ángel rebelde, cegada por su orgullo se creía omnipotente para dominar el universo entero sin otra fuerza que sus seducciones.

Y era cierto que éstas habían llegado al grado más alto del poder femenino: la estatura más que mediana de aquella Circe era siempre esbelta y gentil; sus veintisiete años parecían á veces diez y seis, gracias al encanto juvenil de toda su persona, á la graciosa ingenuidad de sus maneras, á su voz timbrada con una dulzura exquisita, á su andar cadencioso y elegante, á su delicada pronunciación, á sus actitudes exquisitas, á su elegancia ideal.

¿Amaba esta mujer siniestra al Duque? Nunca su corazón había latido por él, como no había apresurado por otra cosa alguna su movimiento regular y suave; porque en ella todo era armonioso, como esas liras que los bardos colgaban de los árboles en los bosques sagrados de los druidas y que vibraban solas y sin que ninguna mano las agitase. No amaba al Duque, porque no amaba

nadie; la conquista de aquel gran señor había halagado su monstruosa vanidad, y por nada en el mundo se la hubiera dejado arrebatar. La muerte de su marido le había producido verdadera alegría, y desde el momento en que la había sabido, la corona de duquesa con que cada noche soñaba, acariciaba ya su frente y ceñía sus hermosos cabellos perfumados. Ya no pensaba en su padre ni en sus hijos: el idiotismo, la locura del anciano don Lorenzo la dejaban indiferente; ni siquiera se acordaba de eso; y si alguna vez llegó hasta su memoria la imagen de dos hermosos y tristes niños, ni siquiera pensaba en que los había llevado en sus entrañas, y únicamente se decía:

—Ellos me reconciliarán con su abuelo y me traerán su fortuna: eso no es cuidado mío; tengo bastante que hacer con prepararme á ser duquesa y á eclipsar todas las damas de la aristocracia madrileña.

Y se preparaba, en efecto. Había dejado la casa donde en los primeros momentos de su huída de la casa de su marido se había refugiado con su doncella, y habitaba un hermoso hotel en el barrio de la Castellana que el Duque había alquilado para ella: allí, reclinada en una *chaise longue*, envuelta en una bata de lana crema con lazos negros como recuerdo de su luto, pasaba el día soñando con trenes, con joyas, con bailes espléndidos, con admiraciones delirantes de los hombres, con envidias devoradoras de las mujeres.

Conocía ella bien el predominio que su rara hermosura, que su gracia, que su naturaleza sensual ejercían en el Duque, y soñaba con grandezas imposibles aun para la fortuna de un monarca. Tendida en el diván, entornaba los ojos como una gatita tendida al sol, y pensaba en los refinamientos de buen gusto de su madre, en sus voluptuosos caprichos, en sus creaciones, que iban más allá que las de las mejores y más caras modistas; todo lo que su madre había ideado, le parecía mezquino, pobre y vulgar, y se representaba el salón en que debía recibir su corte, bello, idealmente magnífico, sin comparación posible con ningún otro.

Fabián la había instalado de una manera espléndida: un salón vestido de raso verde con medias cañas doradas, muebles de palo santo en él y cortinas del mismo matiz que las paredes; un *boudoir* de damasco persa color de coral; una salita de confianza de lampas color de aroma, cuyo principal mueble era un hermoso piano: tales eran las piezas principales de la casa de la joven viuda, que reía solapadamente cada vez que elogiaba al Duque la elegancia con que la había instalado.

¡Con qué poca cosa creía el necio que se contentaba! Tan estúpido era él, elegante anticuado que ya iba engordando, como lo era el cazurro de Barrientos. ¡Ya vería lo que ella hacía cuando fuera Duquesa! Lo esencial, lo preciso, era hacerle entrar en la idea del casamiento, que no le se-

ducía nada. ¡Y para lo hermoso que estaba ya! Empezaba á echar barriga, y ésta nacía del estómago. ¡Qué facha estaría dentro de dos ó tres años! Ya vestían sus cabellos algunos hilos blancos: sí, desde la muerte de su marido, el Duque estaba desconocido, envejecido, taciturno, inaguantable: quería huir de ella, dejar de verla, y no podía; faltaba á visitarla dos, tres ó cuatro días, y luego volvía más hambriento de su hermosura, más fascinado, más dominado que nunca; y ella sabía bien la manera de marearlo: cuando cantaba un aria de *Souámbula* con su seráfica voz; cuando modulaba su ágil garganta las melodías perladas de la romancita *caro nome* de *Rigoletto*; cuando le miraba apoyando en el hombro del Duque su peregrina cabeza; cuando recitaba versos al piano, acompañando la cadencia de la voz con la cadencia musical; cuando sentada al lado de Fabián le encadenaba con la sinfonía de su poético lenguaje, sabía ella que le tenía prisionero para siempre; lo sabía, lo sentía, estaba segura de ello; tan segura estaba como de su fuerza y del poder de sus encantos.

Pero ignoraba la pobre mujer que su fascinación cesaba en cuanto Fabián salía de su casa y se hallaba fuera de su presencia: entonces un cansancio mortal le poseía; entonces la sombra del muerto se levantaba ante sus ojos; entonces dos niños flacos, pálidos, haraposos, hambrientos, le pedían á su padre; entonces, en el fondo de

su corazón se levantaba una voz aterradora, fatídica, que le gritaba: «¡Asesino!, ¡asesino!; ¡asesino de Amparo, asesino de Barrientos, asesino de sus hijos, asesino de Valenzuela! ¡Maldito, maldito seas para siempre en este mundo y en el otro!»

Estas horribles pesadillas atormentaban toda la noche al desdichado, y cada mañana algunos cabellos blancos nacían al lado de los que ya coronaban sus sienes; su color moreno y animado se volvía terroso y amarillo; sus grandes ojos negros se hundían; su cuerpo sufría sacudidas nerviosas, y un abatimiento profundo le dominaba, pensando en que estaba encadenado á una mujer que había devorado los más hermosos años de su juventud, las más nobles aspiraciones de su alma y la tranquilidad de su conciencia. Por ella no había creado familia ni constituido hogar; por ella había echado sobre su frente la mancha del crimen; por ella veía su fortuna disminuía en una mitad; por ella huía del mundo y de todos los placeres intelectuales, tan queridos para él en otro tiempo; pues cuando la conciencia está intranquila, es imposible sentir ni pensar en otra cosa que en el torcedor que la martiriza.

Para huir de los siniestros pensamientos que le asediaban, un día se refugió en el recuerdo de los niños. Si él pudiera volverles á su madre! ¡Si él pudiera reemplazar al padre que les quitó, y hacer por ellos lo que aquel hombre admirable

hizo por Inés! ¡Inés! Al recuerdo de aquella niña desconocida, de aquella hija única abandonada por él antes de nacer, su corazón se enternecía y las lágrimas subían á sus ojos. Eva Barrientos sería para él Inés, su hija querida, el ángel de la guarda de su casa.

Poco á poco aquel espíritu, regenerado por el dolor, se acostumbró á refugiarse en el recuerdo de los hijos de Barrientos como en el único punto azul del nublado horizonte de su vida. Con el pretexto de saber de su amigo Valenzuela, sostenía con Francisco el mayordomo una correspondencia bastante seguida, y como por incidencia supo cuanto había sucedido: la heroica firmeza con que el capellán había buscado el socorro en la caridad pública, la devolución de los dos mil duros que Francisco les había dado en nombre de su amo, y la delicada y noble manera con que Cecilia, no bien había llegado, dió todo su dinero á los huérfanos de Barrientos.

Una semana después de la instalación de Cecilia, ésta le escribió, no sabiendo á quién hacerlo, noticiándole el buen estado de salud de los niños, pero sin mencionar penas ni escaseces; añadiendo que, como por iniciativa suya había ido, se creía en el deber de decirle que se hallaba muy contenta en su sitio, que los niños la querían, y que contaba poder reconciliar al abuelo con sus nietos.

La misiva era corta y el estilo bastante frío;

pero el Duque sintió al leerla una sensación dulce, agradable, de inefable bienestar.

Algunos días después, á eso de las ocho de la noche, la Baronesa de Lartiga descendía de un cupé á la puerta del precioso hotel habitado por la viuda de Barrientos y por su servidumbre. Alicia estaba aún de sobremesa, y al comedor fué conducida Clarisa.

Sentada delante de una mesa redonda se hallaba Alicia, vestida con un traje de paño de Lyon con bordados de azabache. El quinqué de bronce pendiente del techo tenía encendidas todas sus bujías de gas, y además había en la mesa dos candelabros de bronce dorados de seis luces cada uno; en las esquinas dos corbellas doradas ostentaban gardenias, rosas y heliotropos; brillaban la plata y el cristal esmerilado combinado con los tonos brillantes de los platitos de postres; y el calor de la atmósfera, el perfume de las flores y el de las viandas exquisitas que se habían servido, hacía flotar en el aire emanaciones embriagadoras. Dos criados de frac y guante blanco servían las últimas golosinas á dos convidados que acompañaban á la señora de la casa; y ésta, joven como Hebe, hermosa y dulcemente animada, sorbía poco á poco una taza de té con vainilla, y hablaba á intervalos, moviendo sabiamente su delicada cabeza para que centellease á la luz de las bujías un peine de gruesos brillantes que mordía sus cabellos, recogidos muy altos.

Los comensales eran de sexo distinto: una señorita de veinte años, insignificante, y un *gomoso* de veintidós, amarillo, enteco, calvo ya, petulante y hablador; comía con voracidad algunos dulces que con unas diminutas tenacillas de plata tomaba uno á uno del magnífico centro de plata que se hallaba en la mesa; con preferencia elegía en aquella pesca los dulces acaramelados, mascándolos con un ruido infernal, y capaz de atacar los nervios más sólidos.

Había ya comido ocho ó diez dulces cuando anunciaron á la Baronesa, que tras el anuncio entró en el comedor.

—Siéntate, y que te sirvan té—dijo Alicia á su amiga.—Javier, una taza á la señora Baronesa.

—No quiero nada—contestó desabridamente Clarisa;—no voy á estar ni media hora.

—Ni yo tampoco—dijo con voz de flauta el siememesino;—¡aquí hace un calor sofocantel... Alicia es de hierro y cree que lo somos todos.

—Amigo mío—contestó dulcemente la aludida,—en el salón debe estar servido el café; aquello estará más fresco: vaya usted con Clementina, que al momento somos con ustedes la Baronesa y yo.

—No, yo me marchó—dijo el joven, cuyo tono duro y desabrido le vendía como favorito incipiente;—tengo que hacer.

—¿Tan urgente es?

—¡Me aburre no poder hablar con usted á so-

las!—dijo el gomoso á media voz.—Me dijo usted que á nadie esperaba á comer más que á mí.

—Me sorprendió Clementina. Pero vaya usted al salón, querido Alfredo; la Baronesa se irá pronto, y Clementina también.

Alfredo se acercó á la joven, que atendía al diálogo con una taimada sonrisa, y con muy mala gracia le presentó el brazo, encaminándose ambos al salón.

—¡Qué!; ¿coqueteas con ese ente?—preguntó bruscamente la irlandesa con su acento duro y nasal, más duro aún por un malhumor que no podía ni quería disimular.

—Me divierten sus pretensiones—contestó Alicia.

—¡Ten cuidado!

—Es un tití que me entretiene.

—¿Lo ha visto el Duque aquí?

—Dos ó tres veces.

—¿Y cómo toma el asunto?

—No le da importancia alguna.

—Yo no sé por qué has permitido que el general te presente á ese necio...

—¿Me había de negar, siendo su sobrino? ¡Eso hubiera sido de la más acabada inconveniencia! Pero no temas, querida mía; aunque ese niño mimado é irascible me hace mucha gracia, no pasa de ahí... El interesarse por una persona es molesto, y no soy tan tonta, por otra parte, que comprometa mi porvenir.

V

La Baronesa guardó silencio, dejando sin respuesta estas palabras. Alicia, indiferente, jugaba con un cuchillito de postres de plata sobredorada, é indolente como siempre, no se cuidaba de levantarse de la mesa para pasar al salón donde se hallaban sus dos convidados; al fin Clarisa fué la primera que tomó la palabra para decir á su amiga á media voz:

—¿Tienes dinero?

—No—contestó Alicia;—lo que tengo es gran falta de él: gasto mucho...

—¿Por qué no gastas menos?

—Porque aún necesito gastar más. Ya la Alicia que tú has conocido no existe. Me espanta la necesidad de lujo que siento dentro de mí: es como una pasión, la única pasión de mi vida; he nacido gran señora, como otras nacen arregladas y económicas. ¿Qué quieres?: nosotras no nos formamos.

—Es que yo me marcho—dijo Clarisa con voz obscura, y como si el articular estas palabras le costase un esfuerzo penoso.

—¿Que te marchas?; ¿adónde?

—Á París. Aquí ya no hago nada; me he gastado; mi tertulia desaparece, y los que quedan están arruinados; mi salón fué una novedad, pero después de cinco años ha perdido todo su prestigio, y antes de que lo pierda por completo, le cierro y me eclipse.

—¿Y qué harás en París?

—¡Oh! Allí hay mil recursos...

—El ir allí es mi sueño dorado—dijo Alicia con su acento dulce y melancólico.

—Vente, pues, y nuestra unión será una gran fuerza, te lo aseguro.

—No, no: iré cuando sea duquesa.

—¿Y no temes el no llegar á serlo?

—Estoy segura de que lo seré.

—Me parece que Fabián ha variado un poco.

—Ha variado mucho: se pone feo y viejo; ya no me gusta; y además, está triste, taciturno, callado..., y lo que es más raro, va á misa...

—Yo creo que su pasión por tí va á menos. Ya sabes el dicho de no sé qué escritor: «El amor es como la luna: cuando no crece, está en menguante». Piensa en eso.

—Yo no temo el olvido, ni siquiera la tibieza de Fabián—dijo la viuda, sonriendo con la expresión, á la vez dulce y picaresca, que en ciertas ocasiones daba á su precioso rostro una gracia irresistible;—no; no temo ninguna de las dos cosas.

—Pues haces mal.

—¿Por qué? Fabián me adora físicamente porque soy bonita y dulce, y le halago, y le adulo, y cedo siempre á cuanto quiere, y aun me adelanto á sus deseos...

—Ese amor es el que menos seguridades ofrece. Si te amase con el alma, estarías más cerca de ser duquesa.

—También para su alma tengo una llave, cuya puerta es negra y pequeñita: esta puerta se llama la conciencia. ¿Será posible que me creas tonta hoy, cuando tantas veces has ponderado mi talento?

—No tienes talento—dijo riendo Clarisa.

—¿Has cambiado de opinión?

—Es la misma: lo que tienes son instintos, viveza de imaginación, y un profundo cálculo.

—Pues todo esto me servirá á maravilla para hacerme una situación sólida: la situación que hasta ahora no he tenido. ¡Ya estoy cansada de haber sido y de ser *la señora de Barrientos*! Quiero ser, y lo seré, la Duquesa de Medellín.

—Como no te sirva la llave de que hablas para entrar en la conciencia de Fabián, difícil lo veo—dijo la irlandesa con su aire incrédulo.

—Me servirá. ¿Sabes cuál es? Pues no es una, que son dos, y se llaman Eva y Gonzalo.

—¿Tus hijos?

—Mis hijos, á los que el Duque ha dejado sin padre, y cuya suerte le preocupa y le entristece mucho. El estúpido de mi marido tenía conquis-

tado el corazón del Duque antes de morir, y acabó de conquistarlo muriéndose.

—¿Y qué harás con tus hijos?

—Traerlos á mi lado si se casa conmigo, y decirselo así claramente. Su conciencia le mandará dos cosas: legitimar nuestro lazo y adoptar á los huérfanos de Barrientos.

—¡Tu diabólico ingenio te sirve siempre!—exclamó la irlandesa con una expresión en la que entraban á la vez la envidia y la admiración.

—Hasta hoy, bien poco. Estoy llena de deudas, y no puedo, como quisiera, darte dinero para el viaje y para tu instalación en París; ¿no es eso lo que deseabas?

—Ciertamente; y no sé á quién pedir auxilio, no pudiendo tú dármele.

—Pídele á Fabián.

—¡Le he pedido tanto ya!

—Pues no se queja. Pero ¿qué vas á hacer del Barón? ¿Le llevas?

—¡Quita allá! Le dejo en casa, despidiéndome al estilo del país adonde voy, á la francesa. En París me estorbaría: allí seré viuda.

—¿Y qué va á comer?

—Lo que le den sus hijas. Se irá con ellas. Poco necesita...; es un Matusalén de viejo. Yo lo tomé para que me aclimatara en Madrid, para ser Baronesa; pero ha sido más imbécil de lo que yo pensaba; para nada me ha servido: así le dejo aquí y que se arregle; los muebles están embargados, la

casa sin pagar hace tres meses, y todo lo que le quedará en mi buró serán tres ó cuatro monedas de plata...

—¡Pobre hombre!

—Déjame de sensiblerías...; ya sabes que no me hacen efecto; y si no puedes hacer nada por mí en esta última ocasión...

—Desgraciadamente, por mí nada; pero ¿por qué no te diriges á Alfredito?

—¿Á tu convidado?

—Ciertamente. Envíale una tarjeta con mi doncella, ó envíasela mañana con la tuya á su casa: eso será mejor, porque si le pides aquí, lo natural era que me pidieses á mí, y si sospechase que lo has hecho y no he podido complacerte, quedaba yo en muy mal lugar: nada desacredita tanto como la carencia de recursos materiales.

—¿Á quién se lo cuentas? Antes de que transpiren mis angustias pecuniarias, me voy; y creo que mañana me decidiré á pedir algún dinero á tu adorador: un poco á él y otro poco al Duque.

—¿No vienes un rato al salón?

—No; tengo que hacer; pienso eclipsarme dentro de dos ó tres días.

—¿Y te vas... sola?

—Según; si hallase para compañía uno de mis amigos, sólo molestaría á Alfredito.

—Pues no dejes de hacerlo, porque el complacerte será para él una gloria: esto le dará á sus propios ojos y á los míos, pues no dejará de con-

tármelo, gran importancia y asombroso *relieve*, como él dice en su lenguaje de gomoso. Y no vaciles en hacerlo, porque cualquiera día de éstos, que temo verme apurada, á él será á quien acuda yo también: ¡el servir á sus amigas es una gloria para ese pobre muchacho, tan elegante, tan simpático... y tan necio!

VI

Todo ha cambiado en la casa de Barrientos: algunos meses han bastado á hacer de aquella morada del silencio, de la tristeza y de la miseria, una mansión patriarcal donde se encuentran reunidas todas las dulzuras de una vida tranquila. La humanidad tiene allí las representaciones más nobles y más dignas de veneración y de cariño: un sacerdote anciano y venerable, de virtud y dignidad inmaculadas; una mujer joven aún, amable, dotada de cultivada inteligencia, y amando y practicando todas las virtudes cristianas, desde la humilde paciencia hasta la elocuente persuasión; dos hermosos niños, inteligentes, dóciles, cariñosos; y una vieja servidora, ama de gobierno, cargada de años y de merecimientos, y á la que todos aman como de la familia.

Ningún lazo de parentesco une á todos aquellos seres: cada uno de los cinco ha nacido y ha vivido bastante alejado de los otros; pero la caridad y la simpatía son los dos poderosos lazos que unen á la gran familia humana; y esa unión es fuerte, porque cada uno posee todas las cualidades que corresponden á su edad y á la pobre situación en que están colocados.

¿Quién ha hecho el gran milagro de traer la dicha á donde reinaban la ruina, el abandono y las lágrimas? Una mujer, cuya soledad moral le hacía buscar el dolor y el sacrificio, sabiendo que los felices no la necesitaban; un alma solitaria y buena, llena de fe cristiana, llena de amor por los desheredados como ella; una mujer cuya necesidad de abnegación y de ternura se alimentaba amando, consolando, cuidando á los ancianos y á los niños; una mujer que había ya pasado la edad de la adolescencia sin haber conocido ni su alegría ni sus ilusiones; que había pasado casi toda su juventud sin amar, por no haber hallado su ideal en la tierra, y que tenía la madurez de juicio que da la desgracia, y la grandeza de alma que da la religión.

Esta mujer era Cecilia. Veámosla sentada al lado de una gran mesa cubierta con un tapete de lana verde, sobre el cual hay un hule flamante de color de caoba. Una gran lámpara pende del techo y alumbra las bellas cabezas de Eva y de Gonzalo, que uno á cada lado de su institutriz trabajan con atención sostenida; Eva dibuja y copia un modelo de la mejor escuela, que Cecilia ha buscado en su cartera; Gonzalo estudia el inglés en una gramática de Ollendorf; Brígida zurce medias negras que son del capellán, armada su nariz de unos grandes anteojos; y el señor cura, muy viejecito ya, habla con todos y discurre con su buen juicio con Cecilia y el ama de gobierno.

Hay en el gran comedor otras tres personas: dos señoras altas, flacas, vestidas á la moda de hace veinte años, con trajes muy usados; sus cabezas, casi calvas por idéntica debilidad de la raíz capilar, están peinadas con una sencillez extrema, y sus escasos cabellos, ya de color indefinible, dejan al descubierto sus grandes frentes serenas, donde se lee una extrema sensibilidad y una vida pura y apacible. Son Elvira é Isabel, las dos vírgenes y mártires solteronas; mártires de los desaciertos de su padre, que malversó en sus vicios la pingüe fortuna de sus hijas, y las dejó sin madre á fuerza de los dolores que la hizo sufrir.

Y sin embargo, este padre imbécil y verdugo, este padre despreciable y despreciado de todos, está allí, sentado al lado de su hija mayor, que ha depositado en él todo el profundo amor que dedicaba á su madre, porque para aquella criatura angélica el amar era una necesidad imperiosa de su corazón. La sublime solterona se había puesto á adorar á aquel anciano repugnante, abandonado por la aventurera á quien había dado su ilustre nombre. Elvira no veía ni su fisonomía idiota, ni su fealdad de viejo decrépito por los vicios, ni las sandeces de su lenguaje, ni sus exigencias egoístas; sus ojos miraban más allá de este mundo: veían á su madre en el cielo que la bendecía por la sublime caridad que la unía al esposo que ella había adorado, y cuando se dormía en su estrecha cama monástica, oía una dulce voz que le decía:

—¡Hija de mi alma, bendita seas!
Cecilia, vestida con un traje de lana gris sumamente barato y que ya contaba tres ó cuatro años de servicios, bordaba una cifra en una almohada: este objeto pertenecía á una canastilla de boda de que se había encargado. Cecilia trabajaba mucho, y con el producto de su aguja ayudaba al gasto de la casa: llevaba un cuellecito alto y liso, y sus hermosos cabellos castaños dorados se recogían en un sedoso retorcido en la parte superior de su bella cabeza inteligente.

—¿No se lee ningún periódico esta noche?— preguntó con su estúpida risita el Barón.—¿No los ha enviado Francisco?

—Sí, señor—contestó Blasa;—allí están.

Eva se levantó, fué á una pequeña mesa que había designado la anciana, y trajo algunos periódicos que en ella había, colocándolos delante del capellán, que sacó sus gafas.

—Señor don Pablo—dijo Gonzalo,—¿qué hago? ¿Voy á ver á mi abuelo, ó leo los periódicos?

—¿Cuántas veces te he de decir que me llames padre, padre?—preguntó el buen capellán.

—Mi padre era don Tomás Barrientos—observó el niño gravemente.—Le perdí, y no tengo padre.

—Y Tomás me dió siempre á mí ese dulce nombre: ¡como que le conocí como eres tú ahora, y le eduqué, y le amaba como su padre don Pedro...!

—¿Por qué no hemos de llamar padre al señor capellán?—dijo Eva á su hermano.—Yo se lo llamaré desde hoy.

Gonzalo guardó silencio: era un niño de carácter sombrío y reconcentrado; en su joven alma de doce años se agitaba incesantemente un pensamiento siniestro: vengar la muerte de su padre. Un odio mortal á su matador se había desarrollado en ella; pero al lado de tan amargos sentimientos vivía un amor idólatra á su hermana, un cariño sin límites al capellán y á su nodriza, una profunda simpatía hacia Cecilia y hacia las dos solteronas, tan buenas, tan cariñosas para él y para Eva. Isabel, sobre todo, amaba en los dos niños á su padre, á aquel Tomás cuyo amor había sido el ideal de toda su vida, y que había muerto ignorando que Isabel Lartiga le adoraba!

—Vamos á ver á tu abuelo, Gonzalo—dijo Cecilia levantándose.—La noche está fría y tú constipado; pero no debemos dejar que se acueste sin verle; pasaría una mala noche.

—¿Y cómo está Valenzuela?—preguntó el Barón, enseñando sus largos dientes, que no por tener ya setenta años bien cumplidos se movían de sus sólidas encías.

—Está mucho mejor: el sueño ha vuelto tranquilo y sosegado; pasea con Gonzalo todos los días, pero hoy no ha podido ir á acompañarle: por eso vamos ahora, porque yo quiero verle también.

—Y Eva, ¿no va á casa de su abuelo?

—Todavía no. Al principio de su enfermedad cerebral, don Lorenzo se enfurecía al verla, y dejó de ir á su casa. Pero sus manías se han calmado con la dulce influencia de Cecilia, á la que reconoció así que la vió: ella empezó á visitarle cada día, á cambiar el curso de sus ideas; hizo traer el piano del palacio de Sevilla, y le distraía con la música, por la que siempre fué entusiasta don Lorenzo; así fué calmando poco á poco su imaginación sobrecitada, y logró que tomase algún alimento á horas fijas; después le presentó á Gonzalo, al que recibió con un cariño más instintivo que razonado, y al que ahora quiere con extremo; y en poco más de un año se ha operado tan feliz mudanza, que ha podido enterarse de la situación precaria de esta casa y provee á todas las necesidades, dando continuamente dinero á Gonzalo, que me lo entrega á mí; y á veces es tan pródigo que Gonzalo no se ha atrevido á tomarlo.

—Ayer—dijo Cecilia—le persuadí de que el día primero de cada mes debe dar al niño una cantidad fija y nada más.

El capellán, Cecilia y Gonzalo se despidieron hasta luego, y salieron para ir á la quinta que ocupaba don Lorenzo Valenzuela, y pocos minutos después dormía en su sillón el Barón, en tanto que sus dos hijas tejían dos finas calcetas para él y hablaban en voz baja para no despertarle, con Blasa y Eva. Catalina, que había vuelto á la casa,

preparaba la cena en la cocina, de la que salía un delicioso olor.

Eva seguía dibujando, inclinada su rubia cabeza y hablando poco: sobresalía en ella una dulzura de dicción, una melodía en la voz encantadora. Eva Barrientos tenía la belleza delicada de su madre y todas sus seducciones; pero había en ella también mucho de su padre: la pureza de su alma estaba escrita en sus facciones, y la lealtad daba á sus ojos una mirada firme y tranquila que jamás había poseído su madre; era tierna y cariñosa, propensa al sacrificio, ansiosa de dar y recibir cariño; nunca hubo lazo más tierno que el que unía á aquellos dos hermanos, porque cada uno tenía las cualidades propias de su sexo. Gonzalo era fuerte, valeroso, sobrio de palabras, leal en sus acciones, caballeroso é hidalgo en sus pensamientos; constantemente cuidaba de su hermana, y en los tristes días de su miseria se privaba de su alimento para que su hermana comiese más; le traía flores y pájaros, la enseñaba á escribir, y le hablaba siempre con una dulzura que tenía algo de paternal. Gonzalo se parecía en todo á su padre: á los doce años era tan alto como si tuviese quince; tenía la tez morena, los ojos grandes, negros y apasionados, con un tinte de altivez que jamás había tenido Barrientos; sus cabellos, ya de un castaño oscuro, prometían ser negros para más adelante, y su nariz un poco grande, su boca severa, su ancha frente cortada por finas cejas ar-

queadas apenas, ordenaban la simpatía y el respeto.

La desgracia, el aislamiento, habían madurado aquella infantil inteligencia y habían templado aquel tierno corazón en el yunque de los héroes. La inmensa desgracia de haberse criado sin madre al lado de la que llevaba tan sagrado título, había puesto en el corazón de Gonzalo Barrientos una hiel tan grande y una propensión al pesimismo, que, ajeno durante toda su desvalida infancia á las prácticas religiosas, al entrar en la adolescencia, su alma permanecía cerrada á todas las creencias que las madres inculcan con su dulce palabra y su santo ejemplo. El pobre niño no había dicho nunca una plegaria sentado en el regazo maternal: así era que los rosarios del cura le dejaban completamente indiferente, y si permanecía sentado mientras cada noche se rezaba, era por expreso mandato del capellán, al que el niño respetaba y amaba.

—¡Señor, Dios mío!; ¿este niño crece siendo un ateo!—exclamó un día dirigiéndose al aya, á la que amaba como á una hija;—¿no le parece á usted, Cecilia? ¡Dios ha reservado á mis últimos años el terrible espectáculo de un adolescente descreído! ¡Y éste es el hijo de Tomás, cuya fe religiosa era tan sincera y tan firme!...

Gonzalo bajó la cabeza y guardó un altivo silencio. Cecilia respondió con dulzura:

—¿No sabe usted, señor, que don Tomás Barrientos tuvo una madre religiosa?

—Es verdad; y muy amante de sus hijos.

—Pues usted sabe lo que yo quiero decir: la religión sólida es aquella cuyos primeros cimientos echa una madre.

—La misma madre ha tenido Eva.

—Dejemos á mi madre, si no lo llevan á mal—dijo Gonzalo;—no voy á misa porque me aburro; no rezo el Rosario por lo mismo. Yo quisiera tener el fervor de mi hermana; pero ¿qué quiere usted, don Pablo?; no puedo.

—Algún día tocará Dios tu corazón endurecido por el dolor, hijo mío—dijo Cecilia;—aquel día tu fe cristiana será fuerte y robusta como la de los justos que iban alegres al martirio. Ni el señor capellán ni yo te afligiremos desde hoy con convenciones; creerás cuando Dios quiera, que eso no depende de la voluntad. No sigas con nosotros el rezo del rosario; pero quédate á nuestro lado mientras rezamos, y procura arrojar de tu corazón todo sentimiento amargo... El perdonar es orar también, porque todos los días lo prometemos en la oración más elocuente y hermosa que tiene la Iglesia.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo esbelto del muchacho: vió á su padre moribundo, tendido en el césped del jardín regado con su sangre, y enfrente de Barrientos en la agonía, á su asesino apoyado en un árbol y teniendo á su lado un revólver que humeaba, pero que aún guardaba dos tiros; y después iban los ojos de su alma á una

vieja cómoda que había en su cuarto, y que en uno de sus cajones guardaba aquel revólver, cuidadosamente envuelto entre ropas y papeles.

Había, á pesar de todo, tanta dulzura y sentimiento en el razonamiento de Cecilia, que el niño experimentó una sensación de calma á través de su rencor; y llevado de su hermoso natural, á la vez que agradecido á la joven porque le evitaba las reconvenciones del cura por su falta de devoción, se acercó á ella y le estrechó afectuosamente la mano como hubiera hecho un hombre.

Desde aquel día el capellán, que tenía un claro entendimiento, aunque su inteligencia no alcanzase á muy elevadas regiones, dejó de asediarse á Gonzalo con regañones; y cuando éste dejaba el comedor, donde se rezaban las oraciones de la noche, al comenzar éstas, el cura hacía como que no lo reparaba, absorto al parecer en las plegarias que él dirigía con un fervor religioso verdaderamente sincero y lleno de unción y de humildad.

Todas las noches rezaban devotamente el rosario y algunas oraciones más, el capellán, las dos sirvientas, Cecilia, las dos señoritas de Lartiga y Eva, que se arrodillaba y seguía todo el rezo con las manecitas cruzadas. La niña, al contrario que su hermano, era sincera, profundamente religiosa; la idea de Dios llenaba ya su alma infantil de una dicha inefable. El Barón, que en medio de su genuina sandez alardeaba de volteriano, se iba á pasear al jardín, ó si era invierno, se dormía en el

salón al amor de la lumbre. Gonzalo le seguía; pero no permanecía un segundo al lado de aquel viejo sandío y displicente, sino que se iba á pasear á otra calle del jardín, hasta que el murmullo del rezo se apagaba y el ruido del gran portalón, cerrado de golpe por el criado jardinero, decía que las buenas señoritas de Lartiga se retiraban acompañadas de su imbécil padre.

Entonces Gonzalo volvía al comedor; besaba la mano del capellán y la frente de su hermana, daba la mano á Cecilia con una cordialidad grave y cortés, y tomaba la bujía encendida que su nodriza Catalina le presentaba con cierto respeto.

Gonzalo subía á su cuarto, grande, con los muebles antiguos y pesados; una habitación colgada de damasco morado como la de un obispo, con grandes cuadros, con un lecho grande de encina tallada, con una puerta que comunicaba con la alcoba de su padre: el capellán había querido que el dormitorio de Tomás Barrientos le ocupase su hijo único, pero Gonzalo se había negado.

—La habitación de mi padre es mi templo— contestó el niño,—y en el templo no se duerme. Dadme otra que esté muy cerca, pero no ésa. La sala donde mi padre escribía y dormía la siesta, según me han dicho, me bastaría: comunica con su habitación de dormir, y tendré la llave de las dos.

Así se hizo. Don Gonzalo Barrientos, de edad de doce años y medio, tomó posesión de las habi-

taciones propiedad del dueño de la casa, y tomó también la representación de tal, bien así como el Rey niño de España ha tomado posesión por derecho del Trono de sus mayores, apenas cerrada la tumba de su malogrado padre.

VII

El capellán, Cecilia y Gonzalo llegaron á la quinta de Valenzuela á eso de las nueve. La noche estaba clara y fría; la luna alumbraba con su resplandor dulce y vivo á la vez. Febrero empezaba, y el ambiente había suavizado algún tanto su aspereza. La institutriz iba delante, apoyada familiarmente en el brazo de Gonzalo, que se le había ofrecido cortésmente, y que le pasaba ya un par de dedos de estatura, aunque Cecilia nada tenía de baja.

—¡Qué hermosa noche, y cómo mi alma se lanza á Dios para darle gracias!—exclamó el buen capellán, que caminaba al lado de Cecilia.—Ahora es cuando conozco la grandeza de su misericordia: después de tantos dolores, de tantas privaciones, hoy podemos llamarnos felices; ¿no es verdad, mi querida señorita?

—Sí—padre mío, respondió Cecilia conmovida;—los niños están en su casa; don Lorenzo casi curado; los recursos materiales han llegado enviados por Dios, que ha tocado el alma de su abuelo; las dos buenas servidoras de la casa participan de su bienestar, como antes han compartido su penuria, y sólo nos falta una cosa...

—¿Cuál es?

—Que Gonzalo pueda ir á empezar su carrera á Sevilla. Si su abuelo viviese allí, nada sería más fácil...; pero así, como no vaya usted con él...

—¿Y se sabe ya la carrera que ha elegido este caballero?—preguntó jovialmente el capellán, dando un golpecito paternal en la espalda del adolescente.

—Yo no lo sé—observó Cecilia.

—Y yo lo sé apenas—dijo Gonzalo.

—¿Te gusta la medicina?

—No, señor.

—¿Y la carrera militar?

—No: me haría dejar el hogar de mi padre.

—¿Y la de leyes?

—Esa es la que prefiero; me permitirá recuperar la fortuna de mi padre, y luego defender á los desvalidos que hayan perdido la suya por alguna injusticia.

—Pues piénsalo unos días, hijo mío, para en uno de los ratos lúcidos de tu abuelo hablarle de esto, si estás firme en tu resolución.

Ya no se interrumpió el silencio en los pocos momentos que tardaron en llegar á la quinta de Valenzuela. El gran portal, alumbrado por dos luces de gas encerradas en bombas de cristal esmerilado, estaba abierto, y el portero, sentado detrás de los cristales de su habitación, salió á recibirles y á tocar la campana que anunciaba una visita. Francisco cuidaba de que donde quiera que estu-

viese su querido amo, le rodease el buen tono correspondiente á un gran señor.

—¿Cómo ha pasado hoy el día mi abuelo?—preguntó Gonzalo;—¿ha seguido tranquilo como cuando yo le dejé esta mañana?

—Muy tranquilo, señorito; como que esta tarde paseó un rato solo. Francisco salió con él, y le mandó retirar.

Al sonido de la campana, Francisco apareció en la escalera y esperó respetuosamente descubierta á que los visitantes subieran, precediéndoles, á la habitación del anciano.

Se hallaba éste en un gabinete amueblado ricamente y con toda la delicadeza del gusto moderno: un hermoso y alegre fuego ardía en la chimenea; el piano abierto tenía una pieza colocada en el atril; sobre una elegante consola, una copa de Sèvres contenía profusión de flores naturales, cortadas el mismo día en la estufa del jardín; sillones de todos tamaños, mesitas de peluche, un velador maqueado que contenía una gran lámpara solar, y un gran sillón donde se hallaba sentado el banquero, componían el mobiliario; un servicio para té, de plata cincelada, estaba delante de Valenzuela, cuyo cuerpo enflaquecido y pálida fisonomía hablaban de grandes sufrimientos físicos y morales; sin embargo, la expresión de su fisonomía era casi inteligente, y en sus ojos hundidos había una mirada severa, habitual en él cuando su cerebro conservaba su perfecto equili-

brio de comerciante de alto vuelo y de hombre de mundo. Al entrar el capellán buscó ávidamente con la mirada, y cuando vió á Gonzalo, aquella mirada se animó aún más.

—¿Cómo estás, mi querido papá Lorenzo?— dijo el adolescente tomando la mano del anciano y besándola con cariño.

—Bien, hijo mío, bien—repuso don Lorenzo; —ya no me duele la cabeza. Dentro de algunos días nos iremos á Sevilla; tú vendrás conmigo, y Cecilia también; ¿no es verdad?

—No, papá, no; no podemos dejar sola á Eva.

—¿Quién es Eva?

—Mi hermana.

—¿Tu hermana?; ¿una niña pequeña, rubia como ella..., como su madre?

—Papá—dijo Gonzalo con un suspiro,—Eva es tu nieta como yo; es decir, dos veces tu hija, y te quiere; es muy buena y muy cariñosa... ¿Cuándo querrás verla?

—Yo la traeré mañana—arriesgó Cecilia;—y dándome el permiso de traerla, el señor Valenzuela me dará también el medio de dar á la niña una grande alegría; ¡la pobrecita tiene tan pocas..., sin padre y casi sin madre...!

Cecilia, después de haber arriesgado esta frase peligrosa con voz un poco trémula, palideció de temor y de angustia; pero, con una sorpresa llena de alegría, vió que la severa fisonomía del anciano no se descompuso; durante algunos instantes

guardó silencio, y luego dijo, como hablando á media voz y consigo mismo:

—¡Sin madre, sí..., sin madre...!

—Sólo tiene el cariño de su abuelo—dijo suavemente Cecilia,—y si éste le falta...

Valenzuela no contestó, y la institutriz, sin atreverse á insistir más, se sentó al piano y empezó á tocar el coro de *Poliuto* que sirve de introducción á la obra.

Aquella música religiosa, ejecutada con sorprendente gusto y maestría, embargó toda la atención del anciano. Cuando concluyó la melodía, aún escuchaba con avidez; y después de algunos momentos de silencio, dijo con los ojos humedecidos de lágrimas:

—¡Dios mío, tened piedad de mí! La niña..., sí, la niña... es mía también...

Gonzalo miró á su abuelo...; pareció meditar un instante, y abriendo la puerta de la estancia, desapareció sin que nadie lo echase de ver.

—Señor don Lorenzo, ¿leemos un poco?—preguntó la institutriz, que se había levantado del piano.

—No, no, hija mía; un poco más de música—dijo el banquero.—La voz de usted me calma y me consuela; ¡es tan bella y tan dulce!; me hace mucho bien: me parece que la niebla de mi cerebro se corre y se desvanece...; la memoria vuelve á mí..., y recuerdo cuantas cosas tristes me han sucedido...

—Pues el recordar, señor don Lorenzo, es un gran bien—dijo el capellán;—eso prueba que la cabeza de usted está más fuerte y más serena... Pero ¿dónde está Gonzalo?; ahora poco estaba aquí...

La institutriz, como el capellán, recorrieron con la mirada toda la estancia, sin que hallaran al adolescente, que á todo correr se dirigía á su casa.

—Estará adentro—pensaron los dos, mientras Valenzuela parecía sumergido en profundas reflexiones. Cecilia, sin atreverse á dirigirle la palabra, preludió en el piano y empezó á cantar con voz suave y melodiosa el *Avemaría* de Gordigiani; esa celeste melodía, esa oración que también Gounod ha puesto en notas, pero en notas de menos belleza é inspiración que Gordigiani y Schubert; la joven la cantaba lenta y dulcemente, con acentos llenos de la más tierna unción religiosa é impregnados de melancolía.

Valenzuela, con el codo apoyado en el brazo de su sillón y la mejilla apoyada en la palma de su flaca y rugosa mano, escuchaba extático; anchas lágrimas se deslizaban por sus mejillas: parecía que el manantial del llanto, seco por la fiebre de la demencia, ó cegado por el hielo siniestro del idiotismo, se abría al fin al contacto benéfico de la amistad, de la caridad cristiana, de la melodía celeste que llegaba á acariciar á la vez su oído y su alma, arrojando de su pobre cerebro las

sombras que le invadían. Cecilia terminó su bella plegaria, y al sonar el último acorde, también sintió humedecidos de lágrimas sus bellos ojos: aquel corazón solitario estaba lleno de tristeza, sediento de ternura, y al ver llorar copiosamente al anciano, pensó en lo que el médico le había dicho varias veces: «El día en que le veamos llorar y dormir, está curado del todo.» Hacía algunos días que conciliaba el sueño, y el llanto corría abundante y silencioso de sus ojos.

Cecilia, conmovida, anhelante y sin atreverse á romper el encanto, preludió de nuevo y empezó el aria de *Stradella*, composición religiosa de indecible encanto. Aunque escrita para tenor, la voz de soprano de Cecilia llegaba á los puntos más altos; al decir la primera vez *¡Pietà, Signor, pietà!*, don Lorenzo alzó al cielo sus ojos y sus manos unidas, y al bajar éstas cayeron sobre una cabecita rubia y sedosa como para protegerla. Eva estaba apoyada en el pecho del anciano, y éste la miró sin sorpresa y sin enojo; le parecía que la dulce aparición había surgido de la plegaria de Cecilia y que un ángel había tomado la forma de su nieta, para ser mensajera de la piedad celeste que le amparaba en su vejez doliente y abandonada.

—¡Sí, sí; bien venida seas!—dijo el abuelo al ver los grandes ojos de su nieta que se fijaban en los suyos con temor.—¡Aquí está tu sitio, hija mía, en mi corazón! Hasta hoy, desde hace mu-

chos años, le sentí hueco y vacío; pero ahora tu hermano y tú le llenaréis... ¿Tendréis miedo de vuestro viejo abuelo? ¿Vendréis á hacerle compañía?

—Sí, papá Lorenzo; vendremos todos los días—dijo Eva.—Yo quería venir, pero no me dejaban. Ahora fué Gonzalo á buscarme, y me dijo: «Corre, que papá Lorenzo quiere verte...»; y yo me vine corriendo, antes de que entrase el enfado con nosotros...

—¡Pobre ángel mío! Ya no me enfadaré; ya estoy bueno...; ya no estoy solo...; no lo estoy hace ya tiempo, porque los cuidados de don Pablo y de Cecilia alejaban la terrible enfermedad cerebral que he padecido... La última sacudida ha sido horrible... ¡Ah!; ¡tu padre, tu pobre padre, muerto también por causa de ella...!

—Perdonemos, señor—dijo el sacerdote,—para que Dios nos perdone también...

—Sí, sí; perdón y olvido, amor y alegría—dijo el anciano confundiendo en un solo abrazo á sus dos nietos.—Ellos serán mi compañía, y su porvenir me ocupará.

—Papá Lorenzo, ¿quieres que te recite una fábula?—preguntó Eva.

El abuelo no respondió: fatigado con tantas emociones, débil para resistir la reacción moral que se operaba en él, inclinó la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos; el capellán, que le miraba con solicitud incansable, tomó de una mesa una

copa de plata que contenía un cordial, y acercó una cucharada á los labios del enfermo, que la tragó maquinalmente, volviendo á levantar lánguidamente la cabeza. Cecilia hizo sonar un magnífico timbre de bronce que estaba sobre la chimenea.

—Francisco, vamos á llevar al señor á su alcoba—dijo el capellán al aparecer el criado de confianza;—está muy fatigado, pero mucho mejor, si no me engaño.

—¿Cómo se encuentra Vucencia?—preguntó respetuosamente Francisco.

—Como dice don Pablo: mucho mejor.

—¿Desea acostarse Vucencia?

—Sí, porque estoy muy fatigado. Acerca á los niños aquí...

Eva y Gonzalo se acercaron; el anciano apoyó sus labios en la frente de la niña, y la tuvo abrazada durante largo espacio; después, separando su boca de aquella sien angélica, le preguntó á media voz y con acento profundo:

—Tú serás buena, ¿verdad?

—Sí, papá.

—Lláname siempre abuelo: tu padre era tan bueno, que ya no debes volver á dar á nadie en el mundo ese dulce nombre.

—¡Gracias, abuelo mío!—dijo Gonzalo cogiendo la mano de don Lorenzo y besándola con pasión.

El anciano le besó á su vez en la frente larga-

mente, tiernamente como á la niña, y le dijo con dulzura:

—Hijo mío, tú desde hoy serás mi amigo, mi compañía constante: ¿verdad?

—Sí, abuelo mío. Déjame ir contigo á tu alca-
ba y ayudaré á desnudarte.

—Sí; vamos, vamos.

Y el anciano salió de la estancia apoyado en el hombro de su nieto; pero don Lorenzo se detuvo en la puerta y dijo al capellán y á Cecilia:

—Mañana almorzarán aquí conmigo.

—¿Quién, señor?—preguntó Francisco.

—Los niños y don Pablo y Cecilia...

—Está bien, señor.

—Y manda que el almuerzo sea espléndido: he vuelto á encontrar á mis nietos que se habían muerto y estaban en el cielo. Cecilia, rogando á Dios con su canto celestial, ha conseguido que me los enviara de nuevo, y ahora ya no me dejarán hasta que yo me muera.

VIII

El grandioso hotel del Duque de Medellín aparecía suntuoso y decorado de nuevo, revelando desde la escalinata de mármol los tesoros de lujo y de buen gusto que encerraba; terminaba la escalinata en un peristilo sostenido por columnas, y en el fondo se paseaban dos criados vestidos de negro, con esa prosopopeya inherente á los criados de las casas opulentas, sobre los cuales parece que refleja la trabajosa ociosidad de sus amos.

Cuatro meses han pasado desde la noche en que don Lorenzo Valenzuela, libre ya de las sombras de la demencia, sombras que se habían ido aclarando desde la llegada de Cecilia, pudo reconocer y abrazar á sus nietos. ¡Qué dulce prosecución desde entonces de horas radiosas! ¡Qué felicidad se anidaba en el alma melancólica de Gonzalo y en el alma inocente de su hermanal! Todo el tesoro de amor y de ternura escondido en el corazón de aquellos niños aparecía dedicado á su abuelo, al único ser que les quedaba en el mundo como protector de una adolescencia que empezaba para ellos, y que hubiera sido tan infeliz sin él como lo fuera su desvalida infancia.